

# La revuelta

Leonardo Curzio

Si la revuelta social fuese un espíritu atormentado que vaga por el éter a la espera de que algún médium la convoque, en estos tiempos andará confundida con tantas invocaciones motivadas por razones tan distintas. Hay desde sectores genuinamente preocupados por un eventual brote de violencia social provocado por la falta de agua por el deterioro de las condiciones económicas de las mayorías, hasta un sindicato como el SME que defiende un subsidio de más de 40 mil millones y amenaza, de no conservarlo, con la revuelta, pasando por aquellos que la esperan como aspersión divina con un prosaico y cada vez más repelente oportunismo.

Tiene razón Lydia Cacho (03/09/09) cuando nos invita a reflexionar sobre las consecuencias del estallido y nos convoca a la moderación y el diálogo democrático para encontrar soluciones. En los últimos 15 años la revuelta social se ha invocado por los agravios a los comuneros e indígenas y la reforma constitucional en materia de derechos y cultura indígenas; los conflictos políticos en Guerrero, Oaxaca y por supuesto las crisis económicas han sido pasto para presagiar su llegada y destruir a su paso todo el orden corrupto y desigual. En los últimos tres años hemos tenido, cada uno de ellos, una amenaza de revuelta social. Primero por las elecciones del 2006, después por la reforma petrolera y ahora por los devastadores efectos de la crisis económica. No le resto un gramo de gravedad a los problemas, pero eso de utilizar siempre la amenaza de la revuelta se ha convertido en un recurso retóricamente inocuo (lo han dicho tantas veces) pero cuando se desencadena parcialmente se ha comprobado que es un mecanismo que nadie puede controlar.

Cuando surge la revuelta, como sucedió en la Universidad Nacional Autónoma de México con la huelga y en Oaxaca con la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca, suele adquirir formas anárquicas y terriblemente destructivas. Los problemas que hoy enfrenta el país son enormes, pero me parece equivocado el usar nuevamente la creatividad y el talento de un sector de la izquierda para asustar a propios y

extraños con el regreso del México bronco. En las condiciones deplorables en las que viven millones de habitantes y sabiendo que en los últimos años 4 millones de personas han caído por debajo del umbral de la pobreza por los efectos directos e indirectos de esta crisis en la economía mexicana, seguir invocando al demonio de la revuelta me parece una impertinencia y un desacierto. Impertinencia porque en estos momentos la gente que está engrosando las filas del desempleo cambia soluciones por llamados a la rebelión.

La gente menos favorecida se merece que no la manden al matadero y a la represión, se merece un par de buenas reformas redistributivas que fomenten la cohesión social. Se merece un buen número de inversiones productivas en sus sitios de origen con nuevos mecanismos de diálogo social como un Consejo Económico y Social para replantear de fondo el modo en que se reparten los beneficios y una reactivación del mercado norteamericano para que fluyan remesas que durante años les permitieron vivir más cómodamente.

Apelar a la revuelta, como si en el fondo se deseara, sólo se explica por un afán de demostración tardía de que se tenía razón, aunque al demostrarlo la sociedad sufra y se desmembre. A este país le hacen falta líderes con ideas nuevas al igual que el moribundo anhela el tener a su lado a un médico vigoroso, esperanzador y lleno de ideas y remedios y no a un enfermero resentido que parece alegrarse diciéndole al paciente lo mal que está, lo peor que se va a poner y lo llanamente mediocre que es el médico que lo atiende. Una economía llena de huecos y tan poco competitiva como la nuestra no mejora porque los médiums estén duro y dale con que ya viene la revuelta social.

Analista político

## LA GENTE MENOS

FAVORECIDA SE MERECE QUE NO  
LA MANDEN AL MATADERO, SE  
MERECE UN PAR DE BUENAS  
REFORMAS REDISTRIBUTIVAS.

